

EL MUSEO LITERARIO



PRIMEROS SUSCRITORES: SUS Magestades y Altezas.

AÑO III. 18 Marzo 1866. NÚM. 11.

PRECIOS DE SUSCRICION.	REDACCION.	PUNTOS DE SUSCRICION.
<p>EN VALENCIA Y MADRID. 6 rs. mes. — 18 trimestre. — 54 seis meses. — 66 año.</p> <p style="text-align: center;">EN PROVINCIAS</p> <p style="text-align: center;">SUSCRIBIÉNDOSE DIRECTAMENTE.</p> <p>Tres meses 24.—Seis 42.—Año 80.</p> <p>ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO RICO. 6 pesos año.</p> <p>AMÉRICA Y ASIA. 8 á 15 pesos año.</p> <p style="text-align: center;">POR COMISIONADO.</p> <p>Tres meses 28 rs.—Seis 46.—Un año 84.</p> <p>ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO RICO. 7 ps.</p> <p>AMÉRICA Y ASIA. Un año 9 á 14 pesos.</p>	<p style="text-align: center;">REDACCION.</p> <p>Congregacion, 1, 2.º, Valencia.</p> <p style="text-align: center;">ADMINISTRACIONES.</p> <p>MADRID: Capellanes, 10, principal.</p> <p>VALENCIA: Congregacion, 1, 2.º</p> <p>HABANA: D. Benito G. Tanago.</p>	<p style="text-align: center;">PUNTOS DE SUSCRICION.</p> <p>Administraciones principales en Madrid, Valencia y la Habana.</p> <p style="text-align: center;">PROVINCIAS.</p> <p>Casa de los correspondientes y administraciones de correos.</p> <p>A los pedidos se acompañará el importe.</p> <p>No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya satisfecho.</p> <p>Los números sueltos se venden á 4 rs. uno.</p>

SUMARIO.

Correo de Madrid, por D. A. Alcalde Valladares.—Un sueño, por D. J. J. Jimenez Delgado.—La caridad, por Don

Joaquin Manuel Salvador.—Madrigal: A Luz, por D. Ramon de Campoamor.—Doña Miserias, por D. Gerónimo Flores.—Una equivocacion del amor.—El Huascar, corsario chileno en la rada de Brest.—Escala vegetal, por D. Peregrin Garcia Cadena.—Las tres vidas, por D. Federico de Mendoza.

—Hasta los gatos quieren zapatos, por D. Ventura Ruiz Aguilera.—La granja del amor (continuacion), por D. Pedro Moreno Villena.

Grabados. Una equivocacion del amor.—El Huascar, corsario chileno en la rada de Brest.

CORREO DE MADRID.

Madrid convertido en Siberia.—El agua y la nieve.—Los osos blancos.—Los osos de todos colores.—Los billetes de Banco.—Su especulacion.—El abandono de ello.—La Violeta.—Las Modas.—Angela Grassi.—Su novela El Lujo.—Consecuencias fatales del lujo.—Porvenir de la sociedad.

Estamos en plena Siberia.

Solo nos hace falta unos cuantos osos blancos para legalizar la situacion, como se dice ahora.

Sin embargo, á falta de osos blancos los tenemos en Madrid de todas clases y colores.

Con razon la llaman la Villa del Oso.

En ninguna parte se encuentran mas animales de esa especie.

Aquí el oso no es solo patrimonio de las armas de la villa.

Es patrimonio de todo el mundo.

En estos momentos, cuando el viento silba doblando las peladas copas de los árboles.

Cuando el aire del Guadarrama nos pone las narices como tomates,

Cuando los granizos vienen á estrellarse en los cristales de los balcones,

Cuando la nieve descende jugueteando, cubriendo con sus blancas sábanas los tejados y azoteas,

Cuando por todas partes se siente ese cierzo helado y pegajoso que penetra hasta los huesos como un afilado puñal.

En estos instantes, por último, en que las pulmonías están detrás de cada esquina ó se las tropieza uno á cada paso, como sucede con *La Correspondencia*, los osos siguen impertérritos sin temer al agua, al viento ni al frio.

Verdaderamente el mes de Marzo ha vuelto el rabo. Y Dios quiera que este rabo no se vuelva cola.

Sí, porque en Madrid, desde que el Banco inventó la moda de las colas, estas se han estendido de un modo admirable.

Es mas, que algunas colas, como son las de los billetes, se van volviendo historias.

Por eso los billetes pican en historia.

Una historia que va degenerando en cuento.

Pero un cuento largo de contar.

Hoy todos los ingleses se escapan por la tangente con los billetes.

—¿Me cambia V. un billete de mil reales? dicen al acreedor.

Este retrocede asustado como si oyera decir: ¿quiere V. que le pegue un tiro?

Y es seguro que en Madrid se deja cualquiera pegar un tiro antes que cambiar un billete de mil reales.

Aquí la plata es fruta de contrabando.

Así como las localidades de los teatros están bajo la dominacion de los revendedores, así la plata ha caido bajo el dominio de los especuladores.

No sabemos si habrá privilegios exclusivos.

Pero si vemos que el cambio es hoy en Madrid uno de los grandes medios de explotacion.

Son muchas las familias que viven de este agiotage.

¿Y qué remedio se opone á esto?

El del médico del lugar, que curaba á los enfermos con agua clara.

Aquí se corrige con la indiferencia y el desprecio.

¿Pues qué es poco castigo ese?

Se podría escribir un tomo en folio con la historia del cambio de monedas y billetes.

Verdad es que nadie compraría este tomo.

Respecto á lectura, nadie lee ya mas que las modas.

Aconsejamos á *La Violeta* deje esos buenos artículos que publica; llene sus diez ó doce páginas de abrigos, vestidos, chaquetas y sombreros, y habrá merecido bien de la patria.

Desengáñese *La Violeta*, aquí no queremos saber mas historia que la del frac, ni mas biografía que la del gato del cuello, si es que nó es un borrego disfrazado.

Que generalmente es un borrego, imágen del que dió la lana.

Qué nos importan los reyes Católicos, Doña Juana Coello, María Antonieta, Don Alvaro de Luna, Ana Bolena, Doña María de Molina, Don Alonso el Sábio, etcétera.

En sabiendo la hechura del gaban, el adorno de la falda, el tamaño de los bullones, el ancho del espumillón, si las mangas son de jamon ó longaniza, etc.

No hay mas que inclinar la cabeza ante esta nueva reina y bendecir su tiranía.

Todos los ejércitos que se lancen contra ella no podrán destronarla.

No la veis, bajo su rico dosel de púrpura, reirse de el libro de Angela Grassi.

¡El lujo! ¡El lujo!

¿De qué sirve combatir ese cáncer de la sociedad como la llama un escritor contemporáneo?

¡Pobre Angela!

Fuertes son tus razones, sanas y puras tus doctrinas, pero el lujo está ya encarnado en nuestra sociedad y será preciso cambiar todas sus condiciones actuales para poder arrancar de raiz ese gangrenoso cáncer.

Se necesita hacer un esfuerzo supremo si ha de obtener un resultado favorable.

El *lujo*, como dice bien nuestra escritora, es la ruina de la fortuna y de la honra.

Bajo su maléfico influjo, no hay una flor que no se marchite, no hay una rosa que no se deshoje.

Como el álito envenenado del nebuloso viagero del Ganges, por donde quiera vá sembrando la destrucción.

Y no hay remedio, la sociedad está ya así montada y no queda mas recurso que bajar la cabeza bajo su tiránico dominio.

¡Oh! el día que se pueda arrojar esa corona de hierro, aquel día será de gloria y de venturanza.

Sí, porque habremos vencido ese gigante monstruo que nos ahoga entre sus brazos.

Tal vez los que hoy condenamos este resultado del desbordamiento de la vanidad y el orgullo, no podamos alcanzar el aniquilamiento de ese hermano de la moda, tan cruel, tan pernicioso, tan inhumano como ella.

Sin embargo, creemos que no estará lejos el día que la sociedad sacuda ese yugo tiránico y vuelva á adquirir la prosperidad y el encanto de otros tiempos.

Entonces se habrá apagado esa sed de política que sofoca nuestra sociedad y le hace perder hasta el sentimiento y la dignidad.

Sí, porque en cambio de un destello de vanidad ó de una jugada de bolsa, el hombre vende su conciencia y hasta su porvenir.

Entonces se concluirá el agiotage, el monopolio, la desmoralización perpétua que hoy pesan sobre nosotros como una negra tempestad.

Entonces se habrán acabado esos seres abyectos y miserables que levantan su fortuna sobre la ruina de un amigo ó de un hombre de bien.

Se habrá concluido ese nuevo Cain que mata á un tiempo la vida, la honra y el porvenir.

¡Dichosos los que vean esos hermosos tiempos!

Felices los que lleguen á respirar fuera de esta atmósfera deletérea, emponzoñada y corrompida.

A. ALCALDE VALLADARES.

Madrid 14 de Marzo de 1866.

UN SUEÑO.

«Man is but a shadow and life a dream».
«El hombre no es mas que una sombra y la vida un sueño.»

ADDISON.

—Volvia de mi paseo, en una hermosa tarde de primavera.

Afectado por fuertes emociones que durante el día esperimenté, parecíame que una gran pesadilla iba á apoderarse de mí.

Sombríos pensamientos vagaban por mi cerebro, que alejar deseaba en vano.

Cansado del paseo, me dirigí á un pintoresco jardín y me recosté bajo un cenador en un asiento de césped.

Sonrosadas nubecillas jugueteaban hácia el sitio por donde el rey de los astros habia desaparecido para continuar su perpetua carrera: las estrellas empezaban á salpicar de plata el azul manto del cielo, y entre todas resplandecía el brillante lucero vespertino: las golondrinas, impulsadas por el amor de madre, volaban á sus nidos colgados de las ramas de árboles frondosos, y daban calor á sus ateridos hijuelos: la vivaracha é inconsciente mariposa, aun revoloteaba en torno de las flores, como acariciándolas, deteniéndose en la corola de la mas fresca rosa, para robarle su aroma: los melodiosos trinos de los pajarillos, al recogerse, llegaban á mis oídos en alas de una deliciosa brisa perfumada y embriagadora: un cristalino arroyuelo murmuraba dulcemente al perderse por entre la fina yerba que festoneaba sus márgenes; y en una palabra, en aquel encantador recinto se elevaba el alma á regiones desconocidas.

Yo admiraba estasiado aquella magnífica perspectiva

que la naturaleza me ofrecia, y sin saber como, caí en una profunda contemplación sobre el hombre, su pequeñez comparada con la omnipotencia del Creador, y las miserias y desgracias á que está sujeto durante el corto período de su vida.

Con estas ideas me adormecí: pero en vez de hallar en el sueño descanso, una terrible ilusión se apoderó de mi acalorada mente.

Veia mil fantasmas de distintas y caprichosas formas que vagaban en torno mio, martirizándome con sus burlonas risas y continua algarazas, como mofándose de la gran tristeza que entonces me desgarraba el corazón, producida por la amarga verdad de mis raciocinios.

Vestidas de diversas maneras segun su sexo y el papel que representaban, hacian un conjunto imponente. Ligeros en sus movimientos, trataban de ridiculizar con sus gestos y acciones algunas de las escenas que representan los hombres en el gran teatro social, ejecutando una comedia que, considerada en todas sus situaciones, solo merece un desprecio compasivo.

Aparté la vista de aquel sitio, y en un espacio indefinido vi una profunda cueva en la que las tinieblas se palpaban; respirábase en ella una atmósfera corrompida y nauseabunda, que dañaba tanto física como moralmente.

En esta asquerosa mansion, una muger repartía con descarado y lascivo aire, manjares riquísimos en la apariencia, pero venenosos al gusto, que representaban las diversas inclinaciones dominantes en la especie humana.

Rodeábanle gran número de sombras que aceptaban con placer estos presentes.

Aquella muger era *El vicio*.

Vestia una fina túnica flotante á impulsos de sus rápidos movimientos: un tupido y largo velo ocultaba en parte su feo y descomunal rostro, como avergonzándose de que las sombras que le quemaban impuro incienso, conociesen los grandes defectos de que adolecía.

Al lado de éstas habia colocado el ídolo particular á que tributaba culto, accesorio de aquella figura infame, entre los que sobresalian *la avaricia* y *la envidia* con sus deseos jamás cumplidos, *el lujo*, deslumbrando con su engañoso oropel, *la soberbia* con sus furiosas é inhumanas inclinaciones, y *la pereza* con su indolente posturación.

Examiné algunos instantes el cuadro que ante mí vista se desarrollaba.

En su centro habia un venerable anciano suspendido en el espacio sin comprenderse de qué manera.

Cabellos largos y blancos cual la nieve caían por sus hombros, dejando á descubierto una ancha y calva frente. Hondas arrugas cruzaban serpenteando su demacrado rostro, perdiéndose en una barba fina y canosa.

La magestad estaba representada en su semblante, é infundía verdadero respeto.

Parecía meditar.

Llevaba en su mano un reloj de arena, cuyos granos se desprendían uno á uno precipitadamente, para no volver á subir jamás.

Era *El tiempo*.

A la puerta de la gruta estaba un personaje, invisible para todos menos para mí.

Sus carnes habian desaparecido, cubriendo apenas sus huesos una piel seca y acartonada; sus ojos sin brillo y sin color, se perdían en profundas y cóncavas órbitas. Tenia abierta la boca como en mofa de las escenas que presenciaba, enseñando dos hileras de carcomidos dientes: su huesuda mano apenas podia mantener una ligera y afilada guadaña siempre pronta á herir, y á intervalos la levantaba en ademán amenazador, queriendo vengarse de las sombras que no se acordaban de ella.

Era *La muerte*.

Profundas reflexiones me ocurrieron.

Arrastrado el hombre por el huracán de sus pasiones, aturrido en el impetuoso mar de los vicios que le rodean y sin conocerse ni conocer la mentira que le asedia, no piensa en el tiempo que sin detener su poderosa carre-

ra lo conduce insensiblemente al sepulcro: y desperdiando instantes preciosos, sin acordarse de lo que es, despierta ya tarde del delirio que se apoderó de su estraviada imaginación y sufre entonces tanto como en él creyó gozar. Oh, allá cuando la muerte ponga término á la despreciable existencia que arrastró, quitado el disfráz con que la ocultaba, podrá apreciar su pequeñez y su miseria.

Así pensaba, cuando ví dirigirse á mí la muger que presidía el festín.

Con voluptuosas y lascivas maneras, queriendo ostentarse llena de atractivos y gracias, me dirigió una incitante y abrasadora mirada, y acercando sus impuros labios á mis mejillas, estampó en ellas un asqueroso ósculo.

Yo traté de huir, pero una fuerza superior me tenia sujeto.

En aquel mismo instante se me apareció una virgen, en cuyo rostro estaban retratadas la candidez y la pureza; sus divinos ojos se fijaron en mí, despidiendo destellos de luz que vinieron á iluminar el oscuro horizonte que se extendía ante mi vista; su encantadora boca sonrió con dulzura, y la esperanza renació en mi corazón.

Era *La Virtud* que acudía en mi ayuda.

A su presencia, *El vicio* desapareció rugiendo desesperadamente, y sin saber cómo, me ví trasportado á una áspera montaña, rodeada de precipicios que se perdían en lo profundo, y picos que se elevaban perdiéndose en el cielo.

Delante de tal inmensidad, reconocí mi flaqueza y tuve miedo.

Entonces la hermosa figura que me acompañaba, me condujo al borde de los abismos, y con una armoniosa voz, cuyo timbre embelesaba, me dijo:

—En esta gran montaña te crees perdido: así te hallas en medio del proceloso mundo: ¿ves esas cimas que tienes á tus pies amenazando tragarte? pues esos son los peligros de la corrupción que en él se encuentra. Considera la altura de esas escarpadas rocas que se pierden en el éter, y el pedregoso casi inaccesible camino que sube á sus cimas. Llegando á ellas por la dificultosa senda del bien que simbolizo, se obtiene una recompensa.

La verdadera felicidad.

J. J. JIMENEZ DELGADO.

Madrid.

LA CARIDAD.

«Deus caritas est!»
Dios es la Caridad.
Epist. de S. Pablo á los Corintios.

Hay una voz potente, que se eleva y cruza por todos los ámbitos de la tierra; voz halagüeña que embriaga y adormece con su encanto mágico al que la observa; voz noble, como el principio de donde emanaba, de aquel Sér misterioso que abandonando su trono escelso, formado de los rayos del sol y de pabellones de estrellas, descendió á una cueva de Bethleem, tomando nuestra frágil humanidad, y despues de treinta y tres años de una enseñanza de amor y de dulzura, espiró en un patíbulo afrentoso para salvar á la miserable humanidad, que gemía atada con las pesadas cadenas de la mas dura y cruel de las servidumbres.

«Amaos los unos á los otros, para que yo os ame tambien.»

La sublime máxima del Mártir del Gólgota ha pasado de generación en generación batiendo sus misteriosas alas, lo mismo sobre los dorados chapiteles de los palacios de los magnates humanos que sobre el pajizo techo de las cabañas del honrado labrador.

Para ella han sido impotentes y estériles las mezuquinas y pequeñas luchas de los partidos; ante su belleza la mas desmedida ambición humana en su loca vanidad, es semejante al pellizco de polvo que airado arroja el

viento; ante su inmensa magestad, todos somos iguales, como nacidos de un mismo principio y que peregrinamos en un desierto, marchando serenos al misterioso fin de nuestra efímera existencia.

De esta máxima sublime nació la Caridad.

Un principio tan encantador no podía menos de producir los mas hermosos y felices resultados.

El que siembra bien, tiene cosecha de agradecimientos; por eso la gratitud de la afligida humanidad ante su Salvador es un baluarte eterno, cuyos sólidos cimientos no pueden destruir los torrentes de las pasiones mundanas, que corren desbordados á sus pies.

¡Qué hermosa es la Caridad! ¿no sabeis lo que hace esta virtud?

Oid por un momento:

«Nos hallamos en la capital del Principado catalán. La patria de la mártir Eulalia llora afligida la pérdida de sus amantes hijos.

El terrible cólera morbo asiático, esa enfermedad ante la que la humana ciencia ha plegado sus brazos estática y muda, contemplando sus numerosas víctimas sin poderla detener en su rápido curso, está sembrando por sus hermosas calles y edificios la miseria, el espanto y el terror.

En una bohardilla oscura, que recibe la claridad de una estrecha ventana, para conocer la miseria y abandono que en ella reina, sobre un pobre y sucio lecho yace un hombre aun joven, que se conoce estuvo dotado de una fuerte complexión, y que los calambres, el cólico y las ansias han dejado inerte y frío cual un cadáver.

A su lado se halla, llena de angustia y terror, una muger joven todavía, que contempla á dos hermosas criaturas, abrazadas á sus rodillas, y que sin comprender todavía lo que está sucediendo en aquel cuarto del dolor, levantan sus tiernas manecitas pidiendo á su madre un pedazo de pan.

Hace cinco meses, que su marido, con el producto de su jornal las mantenía, para alentarlas y hacerlas felices á las tres.

Hace cinco meses, la felicidad no tenía límites, hoy en día, agotados sus recursos con la larga enfermedad de su esposo, solo vé en lontananza un cuadro dibujado con los siguientes colores: muerte, vergüenza, miseria y dolor.

¡Pobre madre, y pobres hijos!.....

De repente se abre la puerta, y un anciano médico penetra en la estancia.

La muger le recibe sollozando.

¿Por qué llorais? ¿Es que me habeis llamado demasiado tarde? ¿Mis socorros serán tal vez inútiles?... Y se dirigía al lecho del dolor.

Pulsa al enfermo, y frunce el entrecejo.

La muger observa sus menores movimientos... por fin se atreve á preguntar.

¿Ha muerto señor doctor? ¿queda esperanza alguna?

Su estado es gravísimo y solo Dios... pero haremos un esfuerzo...

Dios vé mi fe... ¿y quién sabe? y sacando una hoja de su cartera escribía en un lápiz una rápida receta, que no tardó en traerla la esposa angustiada.

Dió al enfermo dos ó tres gotas de aquel líquido el facultativo, y observó que la naturaleza se disponía á una pronta reacción.

Dadme mantas para taparle, fuego, y la muger lloraba, pues su hogar estaba apagado, y la única rota manta que tenía era la que su esposa usaba...

La lucha fue terrible; de repente un caballero entra en la habitación, y sin hablar una palabra arroja un bolsillo sobre la mesa, y una tarjeta que decía, calle de... número...

Es inútil hablar mas, con la plata del bolsillo, se compró lo necesario, el enfermo se salvó... y la esposa y sus hijos bendecían esta vez á los amigos de los pobres...

Esto ha hecho la Caridad en nuestros días, á su

benéfico influjo han aparecido los hospitales y casas de piedad, ella á llevado la civilización y la luz á las remotas playas donde reinaba el mas indiferente oscurantismo.

Para ella no hay vallas, escollos, ni remotas distancias. Todo lo puede, lo alcanza todo... sin ella el hombre es nada, con ella es la copia de un ángel del celestial eden.

¡Santa virtud, yo te bendigo! ¡Yo te dedico estos desaliñados renglones; yo te saludo como á la mágica aurora, que anuncia la bonanza en el desecho turbión que se cierne sobre nuestras cabezas; yo te aclamaré por todas partes, como á la primera de las virtudes, la mas hermosa de las concepciones, como á la gloria imperecedera de la triste humanidad.

JOAQUIN MANUEL SALVADOR.

Alcalá de Chisvert 12 Enero 1866.

MADRIGAL.

Á LUZ.

No sé por qué alaban tanto
Tu hermosura y gentileza,
Pues yo, Luz, en tu belleza
Veo tu menor encanto.

Te juran por lo mas santo
Que tu hermosura enamora:
Mi fe, que tanto te adora,
Por lo mas santo te jura
Que, aparte de la hermosura,
Eres, Luz, encantadora.

RAMON DE CAMPOAMOR.

DOÑA MISERIAS.

Pacientísimos lectores, no os debe sorprender el nombre de esta celebridad de la época.

Así como el *oidium* es la erisipela de las uvas, así *Doña Miserias* es la enfermedad endémica de la sociedad actual.

Solo existe una notable diferencia, y es que para mitigar los efectos del primero tenemos el azufre, pero para curar la segunda no hay remedio conocido, antes por el contrario toma de día en día mayores proporciones.

Un célebre escritor, cuyo nombre callo porque lo ignoro, dijo: *que el amor propio es el mas grande de todos los aduladores*.

Sin duda alguna entonces no existía esa gran orquesta de periódicos consagrados á tocar una sinfonia diaria en honor de tal ó cual zángano de villa ó corte, y no digo de colmena, porque ya sabeis el trágico fin que deparan las industriosas abejas á los que se proponen vivir sobre el panal, como si dijéramos sobre el país.

Montaigne decía que es tal el furor que los hombres tienen por hablar de sí mismos, que prefieren hablar mal á no hablar nada.

En este siglo de las luces, á pesar de haber mas claridad, se vé menos; por esto los defectos no se notan, y de aquí la causa de que no se encuentre nunca motivo sino de darse incienso, á menos de que la fatalidad coloque al hombre en la espinosa senda de la fatal política, en cuyo caso ya puede archivar su sabiduría, si la tiene, y sus conocimientos si ha podido adquirirlos, pues son nada mas que papeles mojados, como dice el vulgo. Sentado en la cumbre del poder, no hay compasión oposicionista; todos los ennegrecidos y acerados dardos, de otros tantos defensores del poder caído, destilan toda su hiel sobre cuartillas que mas tarde pasan á formar parte de un periódico, sin otro motivo, sin otro interés, que el de hacerse valer en su día y alcanzar derribando la sazónada breva, que está acariciando el prógimo.

Interponer entre la pluma de un oposicionista y las

cuartillas que emborrana, un nombramiento aunque sea de cónsul en el Mogol, y el consulado me juego, si á las cuarenta y ocho horas no ha colocado el favor en ancas del reconocimiento, y bate palmas á guante quitado en honor del que ha sabido apreciar su mérito, y dar un lenitivo á su situación....vulgo hambre.

Esto es tan comun en nuestros días, que puede decirse pasa como moneda corriente en el mercado político.

No ha mucho se sacaban á plaza en las columnas de una orquesta oposicionista, los desmanes (según ellos) de los que padecían plétora de gubernamentalismo, lamentándose en tono pasivo de los que en activo veían todo de color de rosa; mas tarde, recompensados sus deseos, cesó la plañidera orquesta, y los clarines y trompetas de los nuevos conmitones, tomaban parte en la gran sinfonia que por entonces daba al aire los acordes del *Te Gubernum laudamus*.

El blason de las consecuencias de amistad y política no existe en nuestros días y el que se encuentra es preciso é indispensable colocarle al través de los cristales de un buen microscopio para distinguirlo.

Para los materialistas, el hombre piensa solo por el juego de sus órganos, como el reloj indica la hora por el movimiento de sus ruedas.

Así los modernos políticos juegan con la máquina de la adulación y el trapezio del presupuesto, donde á todas horas están haciendo gimnasia de balancin.

La naturaleza produce pocos hombres superiores, porque en la sociedad basta para su felicidad y sosiego un cierto número de talentos que puedan instruir y gobernar al gran número de los que solamente les es lícito oír y obedecer.

Ved sino á uno de esos tantos periodistas adocenados, nacidos de la nada, *escribidores de oficio*, como diría uno que conocí, genios tan profundos como lo superficial del globo, pero se hacen los entendidos y forman el eco de la opinión pública.

El orgullo en estos tiempos ha pasado de la graduación del termómetro; así es que se encuentra por todas partes en amigable consorcio, con la sensualidad, la ambición, la avaricia y la personificación del egoísmo.

Sin embargo de esto, vemos muchos de ellos con títulos de nobleza condecorados, formando el núcleo de la aristocracia moderna.

Hoy raro es el que no blasona de sábio y lleva el diploma de filósofo ó economista ó profundo político, hombre de Estado; para esto no hay mas que quemar incienso á uno de los ídolos del poder, por medio de un periódico, y de seguro tendrá además preparado el cubierto en la mesa del presupuesto, y escelencias por todos sus cuatro costados, teniendo la incommensurable dicha de leer su nombre en la *Guía de Forasteros*.

Ecce-Homo.

Si quereis medrar, haceros políticos á la moderna, tomad la batuta de una orquesta Ministerial, y dirigid los acordes de una sinfonia, aunque no sea sublime como la de Guillermo Tell ó la *Correspondencia*, que para el caso es igual; elegid el menos ignorante de nuestros compañeros para que sea un instrumento puesto en acción para construir la escalera que os ha de conducir á la mas alta cima del ídolo, de la época, es decir, *del presupuesto*; y luego con mucha diplomacia dejais á los autores y fautores de esta farsa, no con un palmo de narices, pues eso quisieran, sino sin ellas, al primer peldaño de la escalera presupuestívora, para que no les quede ni el recurso de olfatear dónde se encuentra el timón.

Si en el paraíso fue la perdición del mundo una manzana, en la tierra que habitamos la perdición de la mitad de los mortales es el presupuesto, por la afinidad que tiene con el codiciado metal llamado oro, con ese ídolo de la civilización moderna, no por ser el mas puro de los metales, sino porque es el mas grande de todos los medios que hay para corromper el humano linaje: es el *non-plus-ultra* de todos los medios de depravación del corazón humano, cuya acción vence todos los obstáculos



UNA EQUIVOCACION DEL AMOR.

que se pueden oponer á la realizacion de toda empresa.

Voy á concluir; si no con un periodo brillante, al menos con la justificacion del título que encabeza estas líneas.

Generalmente y con razon, al hombre cuya posicion es precaria ó casi nula, se le dice que está sumido en la miseria.

Ahora bien; metafóricamente considerados á los pobres de espíritu, no segun el Evangelio, sino segun la sociedad actual (y que nosotros pudiéramos clasificar de servilismo) se les puede aplicar el dictado de *misera- bles*, por la lógica razon de que su pobreza la constituye la ruindad de sus sentimientos, y esto es la miseria por excelencia.

GERÓNIMO FLORES.

UNA EQUIVOCACION DEL AMOR.

Mr. Carlos Voillemot, el pintor de las flores y de los niños sonrosados y alegres, es el autor del cuadro cuya copia publicamos en este número. Un amorcillo ha lanzado una flecha ¿contra quién? contra una pobre anciana, que ha sentido de repente los efectos de su venenosa herida. Levanta con espanto sus anteojos y mira el hierro traidor como diciendo: ¿Qué es lo que me pasa? ¿Quién habia de presumir que á mi edad podia encenderse en mi corazon el fuego del amor? Este cariño es absurdo, es ridículo, pero es verdadero; las gentes se reirán de mí, pero ¿qué le he de hacer?

Entre tanto otro amorcillo se mese desesperado los cabellos, porque su compañero ha desperdiciado una flecha, y un tercero toma á broma la cosa y se rie de la equivocacion.

El amorcillo que ha errado el golpe, está colocado de la manera mas cómica que puede desearse; pide á sus compañeros que le dispensen la falta; pero no lo hace como niño que es, sino con la gravedad cómica de un diplomático, estendiendo los brazos y haciendo una cortesía. Sobre el cuerpo de este amorcillo, la imaginacion del que lo mira coloca unos pantalones y un frac, y completa la caricatura que en el cuadro solo está indicada; pero indicada con un talento y una gracia poco comun.

EL HUASCAR.

Corsario chileno en la rada de Brest.

El 23 de Enero del presente año llegó á la rada de Brest un gran brik chileno, que navegaba bajo el pabellon peruano, y se dice que está destinado á hacer la guerra en corso contra España.

Este buque construido en Inglaterra, de colosales dimensiones y armado al objeto, monta tres cañones de grueso calibre, servidos cada uno por diez soldados y un oficial.

El *Huascar* se hizo á la vela hace algunos dias y se presume que se dirige al Pacífico.

ESCALA VEGETAL.

—Este hombre es de los nuestros, dijo Luis interrumpiendo la lectura.

—¡Lástima que no tengamos hijas casaderas!

—Le guardaré la primera que tenga.

—¡Poco á poco! repuso Fernando; en el caso posible te disputaré el terreno.

—Transijamos; juguémonos el novio á cara ó cruz, añadió Luis sacando una moneda del bolsillo. Pide.

—Espera: no corre tanta prisa. De aquí á entonces es posible que el novio haya perdido la cara y no conserve mas que la cruz.

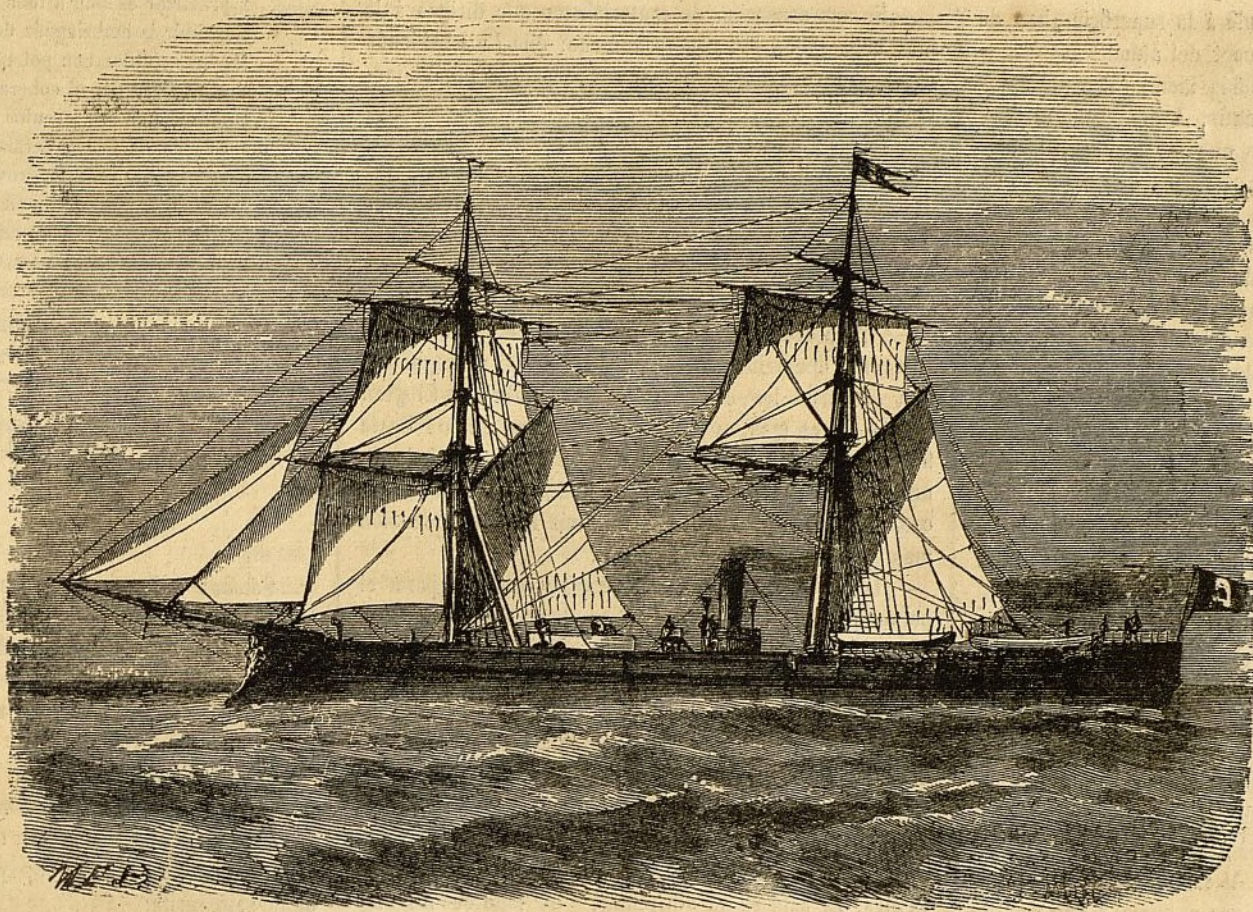
—Convengamos al menos sériamente en que el mozo está en la buena doctrina.

—Falta saber, repuso Fernando, si ha entrado en ella por la puerta de la conviccion ó por la del despecho. Ese señor ha sufrido un desaire y su *paraíso perdido* puede ser muy bien un desahogo del amor propio lastimado.

—Oigamos la opinion de Enriqueta, dijo Luis poniéndose en actitud de continuar su lectura.

«¿Se ha visto mayor insolencia? continuaba la carta. ¡Qué ridícula presuncion!.... ¿Si pensará ese señor que para una muger no hay felicidad posible que no emane de su persona semi-divina?

Confieso mi falta: he sido coqueta una vez en mi vida, y lo que es peor, coqueta adocenada, y lo que es mas grave todavía, coqueta con un fátuo en quien he



EL HUASCAR. CORSARIO CHILENO EN LA RADA DE BREST.

Enriqueta á Dolores.

creído ver.... yo no sé qué. Acepto esa reconvenccion y el castigo que me impone mi amor propio mortificado; pero esto no autoriza á ese caballero para escribirme impertinencias de tan mal gusto como las que contiene esa carta.

Su paraíso perdido es una necedad y su alfilerazo sobre el amor desprendido de las cosas de este mundo, un deshago del despecho.

¡Se goza ya pensando en mi desgracia futura! ¡Necio! ¡Solo por dejar fallida su prediccion, seria capaz de ser dichosa.... aun á costa de mi felicidad!....

Vaya, estoy diciendo tonterías.... No tomes en serio mi mal humor. Al copiarte la carta del árabe del teatro Real, se ha despertado mi susceptibilidad de esposa enamorada; pero en el fondo el despique inofensivo de ese señor no merece mi indignacion.

Hombre al cabo. Si mi grave crimen hubiera puesto en sus manos la palma de la victoria, de otro modo explicara su amor propio mi ponderada coqueteria.

Y basta por hoy. Seguiré escribiéndote á París, ya que estás resuelta á pasar el invierno en esa metrópoli del placer, de la moda y de la vida organizada. Me prometes que en la primavera próxima vendrás á orillas del Tajo con mi querida Elena y su marido, que es otro modelo de casados. Mucho lo deseo. Quiero ver si el ejemplo de vuestra elegancia campesina despierta la emulacion de Carlos. Eso aparte del natural deseo que tengo de veros y comunicaros de viva voz mis alegrías.

Se me olvidaba.... Te repito el encargo de mi carta anterior: no me hables de modas, porque en materia de tocador aun no he salido de la dieta blanca: si quieres mándame los figurines mas vaporosos que produzca el drama romántico en esos teatros.

Para tí el complicado artificio de la moda; para mí el tocador sentimental: para tí el drama de los salones; para mí el idilio de los campos....

Basta, Dolores mia: si continuo en este tono, parecerá que me burlo de lo mismo que me hace dichosa, y nada está mas lejos de mi ánimo.

Enriqueta.»

Hace mes y medio que estoy en Madrid.... Esto me parece mas bello, mas animado y mas espléndido que nunca.... En el campo no encontraban bastante aire mis pulmones y aquí respiro con placer.

Creo que el único idilio soportable es el que acaba en un salon elegante de la calle de Alcalá, y no puedo concebir la zampoña y el caramillo sin el contraste de la Patti y Tamberlick. Por eso el Prado y el Bosque de Boloña me han parecido siempre las mejores campiñas. El cespéd, la luna, la bóveda celeste.... Bonitas cosas, no lo niego; pero me gusta pensar en ellas sobre una alfombra mullida, al resplandor de las bugías templado por el cristal de Bohemia, sumergida en la seda cariñosa de un buen sillón.

¡Qué bonitos me parecen entonces un efecto de luna, una tempestad, una salida de sol, encuadrados en tafílete, en esos libros de la naturaleza que ocupan las mesas de los salones y bastan á satisfacer las modestas exigencias campestres de la pereza elegante!

Libreme Dios de negar que el canto de las aves y el susurro de los arroyos tengan el mérito que suponen los poetas. Concedo que sean de admirar esas voces de la naturaleza.... pero ¡es tan grato el murmullo de los salones; suena tan dulcemente en nuestros oídos la música de la culta lisonja, de la discreta murmuracion!

Y sin embargo, he pasado mas de dos meses en el desierto, en una casa desmantelada, sin echar de menos mi vida elegante y bulliciosa, mis hábitos cortesanos. Carlos me ha hecho olvidar todo esto.

¿Habré estado siempre en un error? Yo creia en la existencia de un Cupido muy diferente del que de generacion en generacion viene, desde la mas remota antigüedad, sirviendo de modelo á pintores y poetas. Creia en la existencia de un Cupido culto, purgado de sus instintos primitivos; de un Cupido de buena casa, acostumbrado á la seda, educado en los hábitos de la buena sociedad y desdeñoso como ella de todo aquello que carece de forma y elegancia. Pero mi luna de miel me ha engolfado sobre este punto en un mar de confusiones. ¿Me habré equivocado? ¿Será una verdad aquel título de comedia que nuestra amiga la señora de Salazar no

ha podido pronunciar nunca sin acercarse á su nariz el frasco de sal inglesa?.... ¿Será verdad que el amor, de transaccion en transaccion y de caída en caída, puede llegar á esta conclusion calamitosa: «Contigo pan y cebolla?....»

Iba á esclamar: ¡Horror! llevada de una antigua y trivial costumbre de menospreciar, á imitacion del señor de Alcazar, el amor desprendido de las cosas de la tierra.

Pero no; voy creyendo ó que no existe un Cupido tan esencialmente civilizado que no vuelva en ocasiones á su primitiva desnudez, ó que á pesar de mis antecedentes no soy yo la muger que necesita ese geniecillo enfermizo que vive entre la seda.

El hecho es, Dolores mia, que no me conozco á mí misma. Estoy en Madrid, te hablo de la impresion agradable que me ha causado el teatro de mis dichas de soltera, y ¿lo creerás? no he visto nada, no he ido mas que una vez al teatro, como una lugareña; en una palabra, no he vuelto al mundo. ¡Yo, la espectadora obligada del teatro Real, la primera carretela del Prado, la figura ineludible de los salones á la moda!....

Un niño temeroso de una repulsa no hubiera expresado con mas timidez que yo su deseo de oír á madama Lagrange.... ¿Y para qué?.... Yo creí que al entrar por aquel pórtico se abririan otra vez en mí sér los manantiales de mis pasadas emociones.... ¡Nada, amiga mia!.... Carlos estuvo delante de mí contemplándome toda la noche y vi que le molestaba todo; las luces, la gente y hasta el órgano primoroso de la cantatriz.

¡Qué cambio! ¡qué desengaño! La noche me pareció eterna; la ópera interminable. Y para colmo de malestar, mi perseguidor estaba en su butaca de costumbre y sus ojos negros no se apartaron de mí durante la funcion.... Lo confieso, Dolores mia; ese hombre me saca de quicio. Me parece que examina mi rostro como un augur las entrañas de la víctima.

¡Si yo pudiera!.... digo mal; si yo me propusiera seguir las huellas de Carlos, acabar de romper los dorados hilos que aun me encadenan á lo pasado, vivir del amor y para el amor!.... Esto no debe ser tan quimérico como yo he creído. ¿Carlos no olvida á mi lado el universo? Los goces efimeros y artificiales de esa comedia que llamamos vida elegante y que no es mas

que un culto fanático tributado á la superficie ¿han de ser mas poderosos que los goces del alma?

Carlos tiene razon y yo debia identificarme completamente con su manera de sentir. Ayer mismo al contemplar con amor la florecilla que me mandó esta primavera, como símbolo de su pasion, y que conservo en mi devocionario, me dijo con el acento mas apasionado: «Enriqueta mia, pronuncia una sola palabra y dejaremos esta atmósfera envenenada donde solo pueden respirar el escepticismo y las pasiones mezquinas de nuestra gastada sociedad. Nos iremos á las orillas del Rhin, á los lagos de Suiza, lejos de estos centros donde se ahoga el sentimiento; nos iremos á uno de esos paises donde vive proscrita la poesia, donde aun encuentra el alma hospitalidad.»

No he pronunciado aun esa palabra que desea Carlos, Dolores mia: las orillas del Rhin y los lagos de Suiza podrán ser en el invierno muy hospitalarios para el alma; pero no deben serlo tanto para el cuerpo.

¿Qué será de mis dudas, de mi incertidumbre?... ¿En qué vendrán á parar esta lucha que sostiene la Enriqueta de ayer con la Enriqueta de hoy?...

Han venido á interrumpirme. Mi criado Antonio ha cometido la mas imperdonable de las torpezas. Al limpiar el cuarto de Carlos se le ha caido de las manos la famosa caja de las violetas. Al caer el precioso objeto, las flores se han derramado por el suelo y han saltado dos ó tres incrustaciones. Para colmo de desgracia Carlos entraba en aquel momento y el pobre Antonio, sorprendido infraganti delito, ha sido perentoriamente despedido.

El pobre muchacho, que le sirve desde niño, ha venido á contarme el hecho y á solicitar mi intercesion.

El delito es grave; pero yo egerceré la *augusta prerrogativa* y por esta vez la inaudita profanacion de Antonio no tendrá consecuencias lamentables. Carlos es inexorable en tratándose de sus flores.

Ya te mandé dias pasados el aviso oficial de mi casamiento y allí verias las señas de mi casa en Madrid. ¿Sabes por qué nos hemos ido á vivir á un extremo de la poblacion? Porque Carlos queria á toda costa una casa con jardin..... un invernadero, una gruta..... ¿y qué sé yo cuántas cosas mas?... Aquí, lo mismo que en el campo, pasa la vida *cultivándonos*..... Si, cultivándonos; yo soy para él una flor.... de todas las estaciones.

¡Desgraciado el que toca á sus plantas! Yo solo tengo el derecho de rozarme con las hijas perfumadas del campo, porque soy una de ellas.

Enriqueta.

—¡Una flor! dijo el amigo de Luis aspirando con placer una rafaguita perfumada que venia en aquel momento del jardin: ¡una flor!

—La metáfora es permitida tratándose de una muger bonita, dijo Luis. Enriqueta puede ser una flor.

—Artificial, repuso Fernando: una flor de gasa, de terciopelo, cuya atmósfera no es el invernáculo ni la estufa, sino la chimenea de un salon elegante, el calor de las bugías, el ambiente perfumado del tocador, los efluvios suaves de la seda y de la lisonja.

—En una palabra, y dejando aparte la metáfora; Enriqueta es una muger elegante, nacida y educada para vivir en el seno de la culta sociedad.

—Tal creo.

—Y cuando necesitaba un hombre de inteligencia analítica, un artista capaz de producir la armonía, dando la luz y el tono convenientes á las aspiraciones del instinto y á los detalles del hábito y la educacion, la pobre muchacha ha caído en manos de un visionario.

—De un empírico, añadió Fernando, que busca en el polvo de las flores la inmortalidad del sentimiento.

—¡Ciego! No considera que el polvo es la muerte.

—Distingo: el polvo de las flores, sí; el polvo de oro puede ser un elemento vital para la muger de nuestros dias.

—¿Es una acusacion de materialismo que diriges á la mas bella mitad del género humano? dijo Luis bebiendo algunos sorbos del líquido suave preparado por el jardinero.

—No; no aludo al polvo de oro por su valor intrínseco; hablo del polvo dorado, del polvo que brilla, que deslumbra, ya sea producto del oro ó del oropel; hablo de esa ostentacion brillante de la forma que constituye la vida artificial de esa especie de aristocracia del buen gusto que se llama el gran mundo.

—A propósito de gran mundo, dijo Luis; ¿no te parece una denominacion inventada por un portugués y que recuerda los cuatro mil *peus de cavallo*? El gran mundo no es mas que un oasis del mal gusto, de la forma incorrecta; la cabeza esquisitamente miniada de una figura cuyos miembros restantes están dibujados con carbon. El pequeño mundo seria una denominacion mas exacta.

—¡Oh! repuso Carlos; la frase se inventó para el porvenir. El gran mundo no se llama así por lo que es, sino por lo que llegará á ser. Sirvióle de núcleo la aristocracia de la sangre; la aristocracia del dinero ha ensanchado sus límites y ya veo agregarse á la masa, por asimilacion de partículas superficiales, otro género de aristocracia que podremos llamar de la forma ó de la apariencia. Es como si dijéramos un lago de azul de Prusia que se ha desmoronado por los bordes y hácia el cual se van abriendo paso las aguas de muchas vertientes. El azul se vá diluyendo, y el lago se irá ensanchando hasta un límite desconocido. Pero basta de digresion: Enriqueta tiene la palabra.

—¡Quiera Dios que sea para rectificar! dijo Luis levantando el cuaderno á la altura de los ojos.

PEREGRIN GARCIA CADENA.

LAS TRES VIDAS.

I.

Espíritu.

Nacer, y disfrutar en tiernos años
El hermoso candor de la inocencia;
Respirar los tesoros de su esencia
Y verlos perecer con desengaños.
La ingratitud probar y los amaños
Del mundo que acibarán la existencia,
Padecer el rigor de falsa ciencia,
Contemplar la virtud presa de engaños;
Maldecir el horrible fingimiento,
Llorar por siempre la ilusion perdida,
Consumirse de angustia y sufrimiento,
Llevar un alma de dolor transida
Y un corazon postrado en el tormento....
He aquí la imágen de la triste vida.

II.

Materia.

Gastar con profusion á lo banquero,
Lucir la vanidad mas descompuesta,
Vagar de flor en flor, de fiesta en fiesta,
Cotizando el papel de majadero.
Dejarse la honradéz en el tintero,
No invertir en escrúpulos la testa,
Cantar el *egoismo* á toda orquesta
Y los brillantes lauros del dinero.
Mentir alegre bienestar profundo,
Calcular de la noche á la mañana,
Erigir al placer ídolo inmundo,
Tirar el corazon por la ventana
Y aburrirse de todo en este mundo....
He aquí la gloria de la dicha humana.

III.

Alma y cuerpo.

Apacible virtud encantadora,
Un régimen frugal, un cuerpo sano,
Dejar morir el idealismo vano

Y practicar el bien á toda hora.
Reprimir la embriaguez devoradora
De los sentidos con potente mano,
Y al espíritu dar el soberano
Dominio que sus triunfos avalora.
Guardar la fe con persistente anhelo,
Rendirse á la infinita Providencia,
No arraigar demasiado en triste suelo,
Esclarecer la luz de la conciencia,
Vivir en paz y amor buscando el cielo....
Ved el tipo feliz de la existencia.

FEDERICO DE MENDOZA.

HASTA LOS GATOS QUIEREN ZAPATOS.

I.

Soledad y Emilia acababan de asomarse á uno de los dos balcones de su cuarto, coronados de enredaderas, llenas de campanillas azules, blancas y amarillas, en una hermosa mañana de otoño, cuando la primera se retiró precipitadamente de aquel sitio, diciendo:

—¡Emilia, entra corriendo!

—¿Pues, qué sucede?

—Entra, muger, ahora lo sabrás.

Retírase tambien Emilia, cierra Soledad el balcon, cuidando de no meter ruido; y acercándose á la puerta de la sala, grita:

—¡Lorenza! ¡Lorenza!

—Mande usted, señora, responde la criada.

—Oiga usted: si llama D. Agapito y pregunta por nosotras, dígame usted que hemos salido hace un momento, y que volveremos tarde.

—Está bien.

La criada se vuelve á la cocina.

—¡Qué!—dice Emilia á su hermana,—¿le has visto? ¿Estás segura?

—Como de que estoy hablando contigo. ¡Ya! ¡Ya es penitencia la que tengo con el tal monigote!

—¿Por qué no se lo cuentas á tu marido?

—Son cosas muy delicadas; él tiene mal genio, y seria capaz de arrojar por el balcon á ese títere.

—¿Crees que tu marido no habrá ya sospechado algo?

—No seria extraño, porque el otro de nada se recata, aunque le observe todo el mundo. Al contrario, se complace en que le vean y en dar á entender lo que no existe. Es mucho cuento! Si vamos á misa, nos sale al encuentro, y nos habla, y nos dá agua bendita; salimos á tiendas, y nos persigue como una sombra; concurrirnos al teatro, y se sienta á nuestro lado, ó si está lejos, me clava los gemelos, y me echa unas miradas tan particulares, que parece que se le saltan los ojos.

—¿Y qué piensas hacer?

—No sé.

—Díselo á su madre para que le aconseje que renuncie á sus pretensiones.

—¿A quién? ¿A Doña Felicianita?... Tan tonta es la madre como el hijo, y serian capaces, entre los dos, de armarme un lío.

El que oyese la conversacion de las dos hermanas, creeria, viéndolas tan alarmadas, que Agapito es un monstruo, un tirano, un traidor de melodrama; no es esto precisamente, pero es algo no muy bueno Agapito es la antítesis del viejo verde; un conato de hombre, un renacuajo de diez y seis años, un aspirante á persona, estirado, grave, presuntuoso, descaradillo, que pretende hablar grueso (á pesar de su voz afeminada), fuma puros que abultan mas que él, pisa fuerte, gasta cara seria y tacones de seis dedos de alto, y se unta con corteza de tocino, grasa de oso y otras porquerías para que le nazca el bigote; un filósofo precóz, formado en los cafés, y quizás en otros sitios peores; una raquítica parodia de D. Juan Tenorio; un libertino en agraz, moralmente decrepito, antes de haber prin-

ciado á vivir; que habla de *decepciones*, sin haber visto el mundo mas que por un agujero; que tiene, por supuesto, sus ribetes de descreído, y en circunstancias, sus pujos de devoto á la moda; que huye de los muchachos de su edad, y busca la compañía de hombres de importancia, prefiriendo tambien, como es consiguiente, las casadas á las solteras. Témele, sin embargo, Soledad, no por lo peligroso que él sea, sino por lo que pudieran sospechar ó inventar las gentes, viéndole pegado siempre á ella como una lapa; y á no ser tan antiguas las relaciones que existen entre las dos familias, ya le hubiera echado de sí con cajas destempladas.

A pesar de las órdenes del ama, Lorenza abre la puerta al intrépido Agapito, porque éste se formaliza y se empeña en que ha visto en el balcon á las dos hermanas.

Soledad dice á Emilia que la deje sola; que está resuelta á despachar de una vez al niño aquel, como tenga la audacia de dirigirla una palabra siquiera que revele las pretensiones que indudablemente abriga.

Entra, pues, Agapito en la sala, mas tieso que un huso, taconeando como nunca, y pasándose una mano por la rizada melena.

Como hasta ahora no ha encontrado una ocasion favorable para declarar á la dama de sus pensamientos el atrevido que alimenta, viendo, al fin, el campo libre de testigos, determina hacer algun pinito insinuante, tentar el vado. ¡Qué osadía en su mirada! ¡Qué presuncion tan cómica en toda su personilla! Soledad no acaba de asombrarse.

—A los piés de usted, dice Agapito.

—Buenos dias, responde Soledad, sin levantar los ojos del bastidor en que marca un pañuelo con letras de realce.

—¿Usted tan buena?

—Perfectamente. ¿Y la mamá?

—Sin novedad. Supongo que Emilia disfrutará tambien la salud mas completa; la ha visto al balcon.

—Sí, señor.

—Sin embargo, Lorenza me las negaba á ustedes. La fortuna, que yo las habia atisbado; que si no!...

—Habrá sido una distraccion suya....

—¡Quizás! ¡Pero como ya va de tres veces!... Yo tengo acá mis sospechas... ¡Si supiera que molesto!... Pero, hablando de otra cosa.... ¡Qué divinamente bordadas están esas letras, Soledad!

—¿Le gustan á usted?

—A mí me gusta todo lo que usted hace.

—¡Burlon!

—Le digo á usted lo que siento; si otra me queda!...

—Gracias, si es así.

—¡Oh! y si tuviera yo la suerte de poseer un pañuelo bordado por usted, lo colocaria sobre mi corazon como una reliquia sagrada, como un....

—Ave María purísima! ¿Qué está usted diciendo, criatura?

—Lo que usted oye.

—Y en verano tambien?

—Tambien.

—Jesus, qué angustia! Qué sofoco! Pero, hijo, entonces, con qué habia usted de sonarse?

Esta prosaica observacion deja parado á nuestro Agapito; pero como él no se ahoga en tan poca agua, al momento responde:

—Llevaria otro de repuesto en el bolsillo.

—Eso seria convertirse en acémila. Hablemos formalmente, Agapito. Es usted muy exagerado, lee usted muchas novelas; y aplica el lenguaje y los sentimientos falsos, que contienen gran parte de ellas, á la práctica de la vida real, con la que forman el mas opuesto contraste.

—A la prueba, pues; bórdeme usted uno, y...

—No doy palabra; por bordar éste me he quedado casi ciega.

—Se puede saber para quién es?

—No hay inconveniente: para mi marido.

—Dichosos los maridos, que gozan privilegios tan envidiables!

—¿Por qué no se casa usted, y será de los privilegiados?

—¿Quién ha de quererme á mí? Muy dejada ha de estar de la mano de Dios la que de mí se enamore. (Aquí Agapito se mira, desde la silla que ocupa, en el espejo de enfrente, y se relame, en prueba de lo satisfecho que le ha dejado la contemplacion de su figura.)

—¡Vamos, vamos, no hay que echarse tanto por los suelos! Todo se sabe, hasta lo de la callejuela.

—Le juro á usted, bajo palabra de honor, que hasta ahora no conozco la dicha de ser correspondido, por la sencilla razon de que no me he declarado á la muger que adoro.

—¿Y ha tenido usted buena eleccion?—esclama Soledad, viendo ya al insigne Agapito en el terreno á que ella se ha propuesto conducirlo.—Bien que (añade), usted ¿qué ha de decir?

—Amo á una muger, que ni soñada.

—Le doy á usted la enhorabuena.

—Pero amo un imposible.

—No comprendo.

—Es una muger casada.

—Ya sabe usted el noveno mandamiento: *No desear la muger de tu prógimo.*

—Me confieso culpable: yo amo á la muger de mi prógimo, dice Agapito con la mayor desfachatéz, aproximándose otro poco á Soledad.

—¿La conozco yo?... pregunta ésta, levantando sus hermosísimos ojos negros, cuyas miradas incendian como relámpagos el corazon del atrevido adolescente.

Agapito, en medio de sus arrebatos y del aturdimiento y del vértigo que le causan estas miradas asesinas, no oye la campanilla de la puerta; así es que en el instante mismo de ir á declararse á Soledad, y aun acaso á besarla la mano, sin pensar en las consecuencias, vé asomar por la puerta á D. Ambrosio, hombre á quien aborrece con sus cinco sentidos, porque en varias ocasiones de las mas críticas para él le habia recordado indirectamente su corta edad, sin duda con la mira de ridicularizarle.

Siéntase D. Ambrosio, y despues de escaramucear un momento con los ojos, escaramuzas que hacen sonreír á Soledad y ruborizarse al buen Agapito, y deseando ahuyentar á éste para tratar con aquella del asunto que allí le conduce, esclama:

—¡Ay, Soledad de mi alma! Esto no es para viejos; vengo rendido, hecho pedazos.

—¿No ha ido Ricardo por su casa de usted?

—No, señora.

—¡Si supiera usted lo que lo siento! ¡Y tanto como se lo encargué, para evitarle á usted este paseo!

—¿Cómo ha de ser! Otra vez nos meteremos en un coche y andando. El mal no consiste solo en la distancia, sino en esos pícaros de pedernales. Y gracias á que traigo zapatos de castor, con tacones bajos como el canto de un duro. No concibo cómo pueden andar por Madrid los que los llevan altos á manera de zancos; *verbi gratia*, el señor. Yo me torceria los piés á cada paso.

Un taconazo sobre el estómago no hubiera producido en Agapito el efecto abominable que las naturalísimas palabras de D. Ambrosio.

—Diga usted, Agapito,—continúa éste para remachar el clavo,—¿son ustedes este año muchos niños en San Isidro?

—Muchos, responde secamente Agapito.

—¿Sobre cuántos?

—No lo sé.

—¿Creo que están ustedes muy recargados de estudio?

—¡Psit!

—Pues, francamente, eso es matar á los angelitos, abusar de sus fuerzas intelectuales; ¿no es verdad lo que digo? Usted, que lo sabe por experiencia, puede responder. ¡Y hay algunos tan tiernos, que es una lás-

tima! Usted por fin ya es granadito.... ¡No ha dado usted mal estiron desde que no nos vemos! Bien que, así en broma, ya se irá usted arrimando á los quince años.

Don Ambrosio consigue lo que desea. Su víctima no puede ó no quiere resistir mas sus feroces indirectas, y se retira con visibles muestras de disgusto profundo.

—Válgate Dios!—esclama D. Ambrosio, arqueando las cejas, despues de salir el otro.—Válgate Dios! ¡Hasta los escarabajos tienen tos!

—¿Cómo!

—Que hasta los gatos quieren zapatos.

—¿Por qué lo dice usted?

—Por nada, hija, por nada, responde D. Ambrosio, rascándose detrás de una oreja con redomada socarronería.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

LA GRANJA DEL AMOR.

(Continuacion.)

Al llegar la primavera, cuando el sol colora las nubes, y todo en la naturaleza, campos, montañas, bosques, parece sonreír, y se presenta como un semblante humano poco antes bañado en lágrimas, y luego radiante de alegría, un sentimiento de pesar y de tristeza anublaba alguna vez el rostro de Anita, su pecho sentia como una necesidad de llorar su desvalida suerte viéndose sola, privada de su querida madre, de su idolatrado padre, y espuesta á todos los peligros; pero muy pronto la huerfanita llegó á adquirir una fuerza de voluntad, que difícilmente se alcanza; supo contener sus lágrimas, y mirar con gran valor su situacion. Su fisonomía angelical se serenaba al punto, y revelaba la mas inocente alegría, observando que en la naturaleza todo vuelve á la calma despues de acaallado el trueno, y apagado el relámpago de una tempestad, y hasta los débiles pajarillos salen de los nidos donde se ocultaron, cantan en los aires y sobre las copas de los árboles, picotean en la verde y fresca yerba, y duermen perdido todo temor; ¿y por qué no habia de tener un valor siquiera igual al de sus amigos los pájaros?

De esta suerte, Anita pasaba los dias, y su inteligencia se desarrollaba contemplando siempre el magnífico espectáculo de la naturaleza. Durante horas enteras, presa de sus sueños, seguia con sus ojos la sombra de los árboles movidos por el viento, ó la rápida marcha de las nubes, que huian las unas detrás de las otras, y así tambien en el alma de la preciosa niña brillaban y desaparecian, se detenian y huian multitud de pensamientos, que no alcanzaban mas que un instante de existencia y de forma. ¿Quién es capaz de explicar cómo se forman las nubes en el ancho espacio del cielo, y en el estrecho recinto del corazon humano?

Cuando la primavera aparece, no es posible formarse idea de los millares de productos que arroja la tierra; ni explicarse ni comprender todos los gritos de alegría que se oyen por doquiera. Cuando la primavera aparece para nuestro corazon, cuando el mundo entero se adivina y dilata en él, y fuera de él, no es posible contener los mil deseos, las mil aspiraciones que en él nacen, lo que se comprende es tan solo, que todo sonríe en ese corazon.

Mirad la verde yerba que cubre el prado, las tempranas violetas la esmaltan aquí y allá, qué hermosas flores, y qué aroma esparcen; mirad como llegan los hermosos y serenos dias en que sazonan los frutos que con tanta impaciencia espera el labrador; cuánta vida, y qué animacion en los caminos que rodean la villa, multitud de carros marchan lentamente cargados de gruesas y doradas espigas, ó retornan conduciendo

mugeres y niños agitados por los movimientos del vehículo, ó por las ruidosas carcajadas que les arranca la alegría.

Anita no tenia mas parte en la cosecha que la que tienen los pájaros cuando cerniéndose y dando vueltas al rededor de los carros que conducen la mies, consiguen arrancar una espiga, ó algunos granos de ella.

II.

Uno de los sitios en que con mas frecuencia solia pasar largos ratos Anita, era la falda de una pequeña colina cubierta de árboles, y en cuyo fondo apenas se divisaba una pequeña ermita consagrada á la Virgen María, allí manaba una fuente, cuya agua pura y cristalina pasaba por la mejor del pais; de suerte que eran pocos los que al llegar á este sitio no refrescaban su boca ó abrevaban sus ganados. Solia llevar una jarra pequeña de barro, y no dejaba de ofrecerla á cuantos se acercaban á beber, y cuando nadie llegaba, entonces llenaba y vaciaba su jarra, ó se entretenia en remojar por sorpresa á los pájaros que veia próximos.

Cierto dia pasó por allí un carruaje del pais, tirado por dos buenas mulas, conducido por un robusto mozo, se detuvo, bajó un caballero de apacible rostro, á pesar de su avanzada edad, y la preguntó:

—¿Niña, no tienes por ahí nada donde poder beber?

—Sí, ciertamente, y se apresuró á ofrecerle su jarra llena de agua.

—¡Ah! dijo el caballero despues de haber bebido buena porcion, no hay agua igual en el mundo.

Tornó á beber escuchando á Anita que decia:

—Sí, el agua es buena y sana, y si quereis abreviar vuestras mulas les vendrá muy bien.

—Mis mulas tienen mucho calor, y no pueden beber ahora; pero dime, ¿de dónde eres?

—De la villa de A...

—¿Y cómo te llamas?

—Anita.

—¿Y tus padres y tu familia?

—No tengo, respondió tristemente, soy hija de Juan el Podador.

—¡Ah! Juan que era tan bueno, tan laborioso, tan honrado, el que habitaba una pequeña casita allá en el fondo del valle. Mucho le conocia, y es triste que haya muerto tan jóven; mas aguarda, te daré alguna cosa.

—Yo no quiero regalo alguno, gracias, no aceptaré nada.

—Tú puedes tomar de mí este pequeño collar, pues que yo era amigo de tu padre, y diciendo esto le puso en la mano uno de aquellos adornos, que tan frecuente es ver en las labradoras del pais.

El carruaje con su dueño y conductor siguió su camino, y Anita, recordando las palabras del caballero «Tú puedes recibir de mí esto,» preguntándose quién podría ser aquel hombre, y por qué no se daba á conocer, volvió cerca de Antonia á quien contó cuanto la habia acaecido.

La viuda, al oír aquel sencillo relato, la dijo:

—Yo confio en Dios y la Virgen María que todo esto se convertirá en bien para tí, y que al fin caerá en la miel el pan seco y desabrido que hoy comes. El caballero de que me hablas es sin duda alguna el rico labrador de la granja del amor, donde habita con su muger y un hijo á quien dedica todos sus cuidados.

Anita, que jamás se explicaba nada sino por el bien, era dichosa, y aunque sola y aislada se engolfaba algunas veces en ilusorios ensueños, y sin esperar nada realmente se sorprendia de cuanto se le daba, mostrándose siempre reconocida. Parecia como que este encuentro habia despertado mil sentimientos de alegría en el corazón de la jóven, porque desde entonces, mañana y tarde, cantaba ó recitaba toda especie de canciones pensando en el labrador, el cual le parecia que habia de venir misteriosamente á llevársela de allí muy pronto en el carruaje que habia visto. Algunas veces fijando su

mirada en el puro azul del cielo, observaba con tristeza como el campo se iba despojando de sus verdes, los árboles de sus hojas, ya secas y amarillas, los pájaros cantando de tarde en tarde, y todo anunciando la proximidad del invierno, que atemorizaba á la bella Anita, como si fuera á abrirse una prision para ella. En otras ocasiones entraba al caer la tarde desasosegada en la casa, é interrogaba con su espresiva mirada á Antonia, esperando que ésta le dijera que el labrador de la granja del amor habia enviado por ella; mas en lugar de esto solo halló una de las tardes á su buena protectora deshecha en lágrimas porque el propietario de la casa que ocupaba la habia despedido de ella, y la pobre viuda no sabia dónde encontrar albergue. Fue absolutamente preciso pensar en la casita paterna de Anita, que se abrió de nuevo para ella en medio de un confuso sentimiento de temor y de esperanza, de dolor y de alegría.

Las dos se trasladaron á ella, y Anita, toda temblorosa, iba y venia sin cesar de un punto á otro, creyendo continuamente que volveria á ver á sus llorados padres, y deseando rescatar algunos de los vendidos muebles, que habian pertenecido á su familia, se puso á coser noche y dia hasta que hubo ahorrado lo bastante. Entre estos muebles habia un reloj de pared, que en otro tiempo habia causado las delicias de Anita, porque al mismo tiempo que tocaba las horas hacia sentir el canto de un pájaro; mas en poder del que lo adquirió, éste habia perdido la mitad de la voz. Cuando de ello se quejaba Anita, así como de que no le pareciera tan bello como en los dias de su infancia, Antonia le decia:

—Si se encontraran mas tarde aquellas cosas que nos han hecho felices en la niñez, creo que no nos causarían mas que la mitad del placer, como te sucede á ti con el reloj. Si yo pudiera enseñarte esto; pero no es posible, y el aprenderlo me ha costado muchas lágrimas y penas. No te consagres á ningun hombre, á ninguna cosa, y tú podrás emprender tu vuelo libremente.

Difícil seria explicar el doloroso efecto que hacian en el ánimo de Anita tan ásperas y duras reflexiones, á que no podia acostumbrarse, y sentada al lado de Antonia experimentaba un involuntario terror durante las largas y monótonas noches de invierno, al escuchar el sepulcral silencio de la villa solo interrumpido por el mugir del viento, ó el ladrado de los perros. La velocidad con que hilaba Antonia parecia cosa de magia, y ella misma solia decir, «yo creo que mi difunto esposo me ayuda á hilar, y sin embargo se acusaba de no pensar tanto ni tan exclusivamente este invierno en la memoria de una persona tan querida, y entonces recogiendo todos sus recuerdos, referia á la pobre Anita su vida pasada y la muerte de su esposo, sin omitir los mas afflictivos pormenores.

Anita sentia una pena y angustia indecibles al oír hablar á cada momento de un muerto como si aun viviera, y estuviera allí, sentia oprimido su corazón, seca la garganta, creia ver de un instante á otro aparecer el fantasma, y la difícil cuestion de la organizacion del universo se presentaba ante ella. ¿Por qué, decia para sí, ha muerto un esposo tan querido, que su esposa espera sin cesar, y yo desearia estrechar la mano de mis padres?

Sombria é indescifrable cuestion en la que penetraba su inteligencia, y de la que solo podria salir recitando algunas piadosas oraciones.

Frecuentemente Antonia solia repetirle: El que quiere vivir bien debe permanecer siempre solo, no amar á nadie, ni tener necesidad de nadie. ¿Sabes el que es rico? el que no tiene necesidad de otro. ¿Sabes quién es pobre? el que de otro espera lo que ha de tener. No esperes nada de nadie sino de tí misma, todos pueden procurarse lo que necesitan; pero bajo la condicion de permanecer solos, si no todo se pierde: ¡ah! si yo pudiera estar sola; pero una parte de mí misma descansa en la tierra.

Anita pensó en librarse de su aislamiento con Antonia, y de oír tan penosas y desconsoladoras disertaciones.

III.

Celebrábase en la villa las bodas de las dos hijas mayores de uno de los mas acomodados labradores, y con esta ocasion bailaban en su casa la mayor parte de las jóvenes y mancebos del pueblo. Anita no dejó de asistir; pero sea por carecer de familia ó de riqueza, nadie queria bailar con ella. Saltábasele las lágrimas á Anita; pero bien pronto haciéndose superior á tanta groseria y tanta injusticia, reprimió su pena, y cogiendo su delantal con ambas manos, se puso á bailar con tanta gracia, y con tanta ligereza, que todos quedaron encantados al verla. Inmediatamente se formó un círculo al rededor de Anita, parando los demás del baile, y aplaudiendo todos su agilidad y soltura. Cuando la música hubo parado, el dueño de la casa, tomando á la linda jóven de la mano, la dijo:

—¿Quién te ha enseñado á bailar?

—Nadie.

—¿Por qué no bailas en compañía de alguno?

—Es mejor bailar sola, no hay que esperar á nadie, y siempre se lleva la pareja dispuesta y consigo.

—¿Te han dado algo de la boda?

—No.

—Pues entra y come, la dijo con bondad, y la condujo á una habitacion del interior donde habia una mesa que se cubria sin cesar de viandas.

(Se continuará.)

PEDRO MORENO VILLENA.

Por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.

DE SAGUNTO Á CARTAGO.

Con este titulo se ha publicado en esta ciudad un precioso tomo debido á la pluma de nuestro querido amigo y colaborador D. J. Aguirre.

Recomendamos eficazmente su adquisicion, pues hay descripciones preciosas y de un grandísimo interés.

En uno de nuestros números próximos publicaremos alguno de sus capítulos.

CANTARES DE D. MELCHOR DE PALAU.

Se hallan de venta en la Administracion del periódico, Congregacion, 1, 2.º, al precio de 4 rs. egemplar y 5 fuera, franco de porte.



Se desean comprar dos tomos del primer año del MUSEO LITERARIO y los números 5 y 7 correspondiente al año 1.º, época II, de los dias 4 y 18 de Setiembre de 1864. En la administracion del periódico pueden presentarse los que deseen venderlos.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.